

## Ya dije todo lo que quería decir. Entrevista a José Manuel Caballero Bonald

LUIS P. CORDERO-SÁNCHEZ

Cuando en 1927 varios escritores andaluces posaban para la archiconocida fotografía del tercer centenario de la muerte de Góngora, acababa de cumplir un año el jerezano José Manuel Caballero Bonald, llamado a heredar el laurel de los gongorinos del 27. De padre cubano y madre hidalga, se educó en Jerez y posteriormente en Cádiz y Sevilla para su formación universitaria. Viajero incansable, ha trabajado como secretario y subdirector de *Papeles de Son Armadans*, profesor de literatura española en la Universidad Nacional de Colombia y en Bryn Mawr College, así como en diversas editoriales.

En Colombia trabó relación con los escritores que publicaban asiduamente en la revista *Mito*, mientras que en España se inició con los de la revista *Platero*. Normalmente se le adscribe al Grupo Poético del 50. Más allá de clasificaciones, es autor de una abundante obra ensayística y soberbias novelas como *Dos días de septiembre* (1962), *Ágata ojo de gato* (1974) o *Campo de Agramante* (1992). Aparte de sus libros de memorias, es significativamente conocido por su poesía, reunida en varios volúmenes antológicos del que destaca, por no abrumar al lector con títulos, *Somos el tiempo que nos queda* (2004). Su último poemario ha sido publicado en 2012 con el título *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas*, en palabras de Túa Blesa “su mejor libro y uno de los mayores de la poesía de nuestro tiempo.” Su obra ha sido merecedora de infinidad de premios, entre los que cabe destacar tres veces el Nacional de la Crítica, el Andalucía de las Letras y el Premio Nacional de las Letras Españolas.

En un número dedicado a la contaminación, no podía dejar de entrevistarse a un autor que tantas páginas ha dedicado a la naturaleza, muy especialmente a su entorno natural circundante: las viñas jerezanas, la desembocadura del Guadalquivir en Sanlúcar, el parque de Doñana. Cuenta la anécdota que en una ocasión alguien publicó que se carteaba con García Lorca, relación epistolar totalmente disparatada e imposible. Para no caer en semejantes disparates y no perder “ni mijita” de las palabras de Caballero Bonald, le hemos pedido que responda diez preguntas por escrito.

**Pregunta:** Para Caballero Bonald, el entorno de Jerez y Sanlúcar sirve como marco para muchas de sus prosas, pero además, es foco de la denuncia del desgate natural y en numerosos artículos ha reflexionado sobre los cambios que el paso del tiempo ha traído a estos paisajes. ¿Cuál es su visión a día de hoy del estado de la desembocadura, las marismas y Doñana?

**Respuesta:** Continúa siendo más o menos la misma. Siempre he procurado ser un testigo vigilante de ese territorio, he asistido a algunas de sus fases de degradación y de relativo sosiego, he visto cómo quedaban impunes algunas agresiones contra su integridad... Doñana es un enclave natural muy complejo, muy amenazado siempre por toda clase de peligros y desmanes. Una especie de constante histórica que llega hasta hoy mismo...

**P:** Hace ya bastantes años que su compañero de generación Fernando Quiñones no dudó en convertirse en activista para defender la conservación de la gaditana playa de La caleta. ¿Veremos pronto a Caballero Bonald con una camiseta de “Salvemos Doñana”?

**R:** No, hasta ahí no llego. Se me pasó la edad de esas manifestaciones públicas. Además, nunca he practicado de ese tipo de acciones. Mi activismo se reduce a mi escritura.

**P:** Siguiendo con el tema de la contaminación de la naturaleza en sentido estricto, cuando en los 60 viajó por Colombia y escribió su “Travesía por el Magdalena,” ya da muestras de una preocupación por la degradación del entorno natural. Después de 40 años parece que la situación no ha hecho más que empeorar con altísimas tasas de deforestación. ¿Qué están, qué estamos haciendo mal?

**R:** Pues no sé, no soy ningún experto en esas cuestiones. Pero cualquier persona mínimamente atenta a lo que ocurre, se da cuenta de lo mal que estamos haciendo muchas cosas. Nuestro trato con la naturaleza no es ya el de un dominador sino el de un cómplice de su destrucción metódica. Recomiendo la lectura de algunos de los libros de Miguel Delibes de Castro, el gran biólogo de la conservación –“La tierra herida” o “La naturaleza en peligro”- para tener una idea clara y solvente de lo que está ocurriendo.

**P:** Sin que sirva de lisonja, siempre que me preguntan con quién me iría de cervezas respondo que para mí sería un gustazo irme con Caballero Bonald, aunque siempre matizo que me moriría del corte y que en tal caso iríamos de manzanillas. Estamos en un momento en que el vino, sobre el que ha escrito tanto y que de sobra conoce, muy especialmente el de Jerez, ha sucumbido irremediabilmente al proceso industrial: ¿hasta el mejor vino del mundo tiene sulfitos! ¿Contaminación o evolución?

**R:** Quizá prefiera atribuirlo a una evolución natural, a esos cambios que lleva consigo el propio paso del tiempo. Por supuesto que la crianza del vino se ha favorecido con las nuevas tecnologías, pero nuestra cultura del vino no se ha modificado en profundidad sino en los hábitos externos. El vino de Jerez, por ejemplo, que no hace todavía mucho le daba la vuelta al mundo, ha ido apagando cada vez más. Ya no se bebe como antes, la vida de hoy parece reclamar otro tipo de ocio y de consumo. Me gusta repetir que los vinos olorosos y amontillados de Jerez, que son para mí los mejores del mundo, ni siquiera merecen ahora, por razones económicas, el menor esfuerzo para difundirlos...

**P:** Otro aspecto de la cultura andaluza que conoce muy bien parece vivir un continuo debate entre contaminación, hay quien preferirá decir desvirtuación, y evolución. Me refiero al flamenco. ¿Qué visión tiene un cabal como Caballero Bonald?

**R:** De eso habría mucho que hablar. El flamenco ha evolucionado de acuerdo con las exigencias del ambiente, con las demandas sociales. Hace ya muchos años, cuando yo lo descubrí, era un arte minoritario, seguía teniendo cierto carácter ritual, propio de unas pocas familias gitanas de la Baja Andalucía. Hay quien piensa que ya desde mediados del XIX, cuando el flamenco salta de la intimidad gitana a los teatros, algo empieza ya a cambiar de sentido. Ahora, con las fusiones y las innovaciones instrumentales, el flamenco es ya muy distinto al que yo conocí. No lo critico, no soy ningún purista, me parece legítima esa evolución. Pero a mí ya todo eso me queda un poco a trasmano. Además, el flamenco siempre ha sabido preservar su antiguo legado, ha sabido convivir con toda clase de desvíos...

**P:** En muchos de sus escritos señala y denuncia la contaminación del estereotipo en la auténtica esencia andaluza. Después de más de

30 años de autonomía, ¿sigue el estereotipo manchando a los andaluces?

**R:** Yo creo que ese se va arreglando poco a poco. Aunque todavía quedan por ahí algunos nostálgicos y andaluces profesionales que continúan fomentando toda esa chatarra costumbrista, todas esas mixtificaciones y tipificaciones que tanto daño le han hecho a la verdadera imagen de Andalucía.

**P:** Adentrándonos en terrenos más literarios, dice Túa Blesa de su último poemario que “el uso de «personaje» y no el de «persona» ya deja advertido cómo este extenso parlamento está irremediablemente, y felizmente, contaminado por unas inevitables dosis de ficción.” Esta contaminación de la ficción no es exclusiva de esta obra, sino casi una constante. ¿Qué le lleva a contaminar con la ficción sus escritos?

**R:** Bueno, siempre he pensado que la literatura, toda la literatura -la novela, la poesía, las memorias- son géneros de ficción. La literatura en ningún caso copia la realidad, sino que la interpreta, la inventa, la sustituye por otra realidad creada en el propio texto por medio del lenguaje. Lo que no responda a esa exigencia no es literatura, es crónica periodística. Por eso me siento cada vez más distante de lo que se entiende por realismo.

**P:** Parece que mezclar realidad y ficción sigue de moda, incluso en el cine andaluz: Paco León reflexiona en su opera prima sobre los límites de lo real y lo ficcional. ¿Estamos ante un abuso del último coleteo de la postmodernidad o ante un recurso que todavía puede expresarse y ofrecer excelsos frutos?

**R:** No sé qué frutos literarios va a ofrecernos el futuro. No me interesan esos pronósticos. Tampoco soy optimista en este sentido. Pero, por lo que voy viendo, la literatura es cada vez más un producto trivializado, banalizado, elaborado sin ninguna preocupación por el hecho lingüístico.... Sólo tengo fe en la indagación en el lenguaje, en la exploración de nuevas posibilidades expresivas dentro del simbolismo.

**P:** Hablando de frutos literarios, ¿qué será lo próximo que podamos disfrutar de Caballero Bonald?

**R:** Mi último libro, “Entreguerras o De la naturaleza de las cosas”, tiene mucho de testamentario. Ya he repetido por ahí que no voy a escribir ningún otro libro, no tengo ni tiempo ni ganas. Ya dije todo lo que quería decir, incluso más de lo que quería decir... Algún que otro poema sí se me cruzará por la memoria, eso espero, pero nada más. Bueno, en enero, se publica un libro mío, “Oficio de lector”, pero es una recopilación de textos dispersos sobre mis experiencias de lector.

**P:** Usando un símil natural, el franquismo para la cultura en España supuso un gran incendio que acabó con todo. Su generación, en cierta medida, fue la encargada de enlazar con la literatura anterior a la guerra civil, o parafraseando a Gracia y Ródenas, de “restituir la modernidad.” ¿Objetivo cumplido o queda algo por hacer?

**R:** Sí, es cierto, yo creo que mi generación restableció, y hasta enriqueció, una tradición interrumpida o mal prolongada. Lo que pasa es que esa fue una generación diezmada, yo me siento un poco como un superviviente. Algunos de esos poetas y novelistas, tres o cuatro, han dejado una obra excelente, la más valiosa de toda la mitad del siglo XX, equiparable a lo mejor de las generaciones anteriores. O sea, que abrieron una vía literaria excepcional y es por ahí por donde hay que seguir trabajando.